

EN EL TEATRO DE LA PRINCESA

“ÉBORA”

Tragedia en un prólogo y tres actos, en verso, original de D. Eduardo Marquina

Al remontar el curso de la Historia, el poeta D. Eduardo Marquina ha escogido, como asienta para su fábula dramática, la bravia región de los cántabros, donde una gente áspera e indomable eludía, con pertinacia y brio jamás sojuzgados, el yugo de la Roma imperial. No debe inspirarnos la cicatería al sopesar y medir la honrada intención y el alto propósito del vate contemporáneo. Obligados con él lo noble y lo arduo del empeño, siquiera no se haya logrado con felicidad absoluta la empresa acometida. No ignora el espectador docto, y sin duda presente o adivina el espectador lego, los riesgos, peligros y dificultades que entraña una labor de tal índole. El ademán de D. Eduardo Marquina afrontando la remota edad de la dominación romana en nuestro suelo, es de gallardía notoria. Para él sea nuestra adhesión y nuestro aplauso. Pero ha conseguido el dramaturgo lo que al fluir de la fábula logran parcialmente el lírico abundante e impetuoso y el épico robusto troquelador de exergos de medalla? Aunque mucho nos duela consignar una clara negativa, la consideración que nos merece el autor de *Luz y sombra* nos compele a proceder sin rebosos ni eufemismos, reflejando la opinión general de un auditorio en todo instante serio y respetuoso. Y notemos que no influyen para nada en nuestro juicio escrupulos de historiador ni remilgos de arqueólogo. De sobra sabemos que el señor Marquina no ha pretendido forjar una tragedia histórica con intervención de personajes de vivo y puntual recuerdo en narraciones y crónicas de indiscutible autenticidad. El poeta se ha constraído a edificar en los vagos aledaños de la Historia, a utilizarla únicamente como fondo de realidad para bordar en ella, con hebras de fantasía, una acción de tragedia. Pero, en todo caso, la psicología de los héroes fingidos debe ser hermana y pareja de la psicología de los héroes reales, y las hebras de lo supositivo e inventado de idéntica calidad y del mismo tono que el cañamazo de lo remoto relidivo.

Es difícil, si no imposible, que el espíritu del espectador de nuestros días, un tanto desahogado del sentimiento histórico, se decida a interesarse por las primitivas y fieras vicisitudes de su raza. Requierese para ello de parte del poeta un taumaturgico poder de dramatización, un don especialísimo que logre concretar específicamente en una individualidad de pasión caliente y humana la psicología genérica de una familia, de una casta o de un pueblo. Además, en *Ébora* no se realiza esa anhelada y feliz fusión de lo lírico y de lo dramático, que constituye el rasgo diferenciador y característico de lo netamente trágico.

En el español de nuestra época no halla ecos ni resonancias el espíritu bárbaro y hermosamente vindicativo de los cántabros, rebeldes y hostiles en la favorecedora aspereza de la tierra vernácula. Está más próximo al romano muelle, parasitario y vicioso de la decadencia imperial. Hoy envía a otras provincias extrañas sus pretores depredadores y fapaces, y sufre mansamente en las suyas las tropelías, exacciones y desafueros de los gobernantes nativos. El andaraje de la noria histórica, al rodar sus arcaduces, alumbra periódicamente agua que se creyera profunda, pérdida y soterrada. Sería, pues, de extrañar que un dictador moderno, como el Calígula de la historia romana, instituyese a un bruto favorito y construyera para él cuadras de mármol y pescheros de marfil y le llevara hasta su mesa y le aderezase con ronzales de perlas y con mantas de púrpura?

Pero esta disgresión, aunque de sangrante y desoladora actualidad, nos llevaría fuera de nuestro ceñido propósito estético y literario.

Lo mejor de la producción de D. Eduardo Marquina hállase, no en la traza y en los recursos dramáticos—aquella pobre y éstos en demasía convencionales y pueriles—, sino en la noble prosapia de su vestidura rítmica. El verso corresponde a la calidad del sentimiento que expresa. Sin la gala pomposa de las rimas, vario en su andadura, es áspero, hiruto; suena a piedra y a hierro. A veces se matiza y colorea de pagana sensualidad lírica; pero presto se torna a su aire épico, recobra su acento de epopeya. El poeta no persiste en un metro, ni dentro de él en idéntica acentuación. Flexible y suelto, empareja endecasílabos yámbicos y anapésticos o de gaita gallega; une en el mismo relato, dentro de la misma frase o período gramatical, endecasílabos, dodecasílabos, heptasílabos y pentasílabos. En algunos pasajes logra la expresión lapidaria, sólo asequible a los grandes poetas.

No se halla cultivado lo suficiente el género a que pertenece *Ébora* para que los actores y actrices de la Princesa se encuentren en su totalidad aptos y flexibles para su representación.

La voz maravillosa de María Guerrero y su amplio ademán, acorde con lo que significa tragedia, lograron caer en algunos pasajes la extrema frialdad del público. La invocación al Ébora, al río sagrado de Iberia, fué modulada con arte magistral por la in-

signe actriz. [Notemos de paso que esta pieza poética, desglosable del diálogo dramático y con valor sustantivo de página antológica, nos ofreció al oído indudables bellezas, y es por su ritmo y cabos de consonancia más fácil y perceptible para los auditores.]

La simpática juventud de D. Fernando Díaz de Mendoza y Guerrero disculpa alguna desigualdad en el tono de la dicción. Es actor apasionado, de brio dramático, y en la primera escena en que interviene demostró gusto y sentido del verso.

La Sra. Artigas, a quien se halla encomendado el carácter de más graciosa y pífida humanidad de la obra, supo ser astuta, liviana, de insinuante seducción, con arte quizá un poco recalcado; pero que de día en día se adueña con mayor transcendencia de la opinión teatral madrileña.

D. Fernando Díaz de Mendoza valió de su buen gusto para no desentonar en el tipo desairado del pretor Máximo, un infeliz de cuerpo entero.

Y los demás actores y actrices, con mayor o menor fortuna en la declamación, sumaron su excelente voluntad para el logro de un discreto conjunto.

El poeta fué saludado con aplausos en la escena al fin del acto segundo y tercero.

María Guerrero fué aclamada.

ENRIQUE DE MESA

UN ACTO DE EXCEPCIONAL TRANSCENDENCIA

Representaciones de todos los organismos armados muestran su adhesión al capitán general D. Valeriano Weyler

Respondiendo a la invitación que en su número de ayer hizo *La Correspondencia Militar* a todos los generales, jefes y oficiales residentes en Madrid, hoy han desfilado por casa del general Weyler, para dejar tarjeta, en muestra de adhesión al prestigioso caudillo, con motivo del incidente que le obligó a dimitir su cargo de jefe del Estado Mayor Central, representaciones de todos los organismos armados y de los regimientos de esta guarnición.

He aquí la lista de los generales, jefes y oficiales que hasta la hora de cerrar esta edición habían desfilado por casa del duque de Rubí.

Infante D. Fernando; generales Zubia, Gontán, Orozco, Milla, Fernández Heredia, Marina, Bustillo, Carbó, Suárez Inclán y Zabala; la Casa militar del Rey; capitán general de Madrid; generales, jefes y oficiales del ministerio de la Guerra; Consejo Supremo de Guerra y Marina; Estado Mayor Central; Comandancias de Ingenieros, Sanidad, Carabineros, Intendencia y Guardia Civil; Escuela Superior de Guerra; Sección de ordenanzas del ministerio de la Guerra; Depósito de Guerra; Centro Electrotécnico; Escuela Central de Tiro; los regimientos de León, Wad-Ras, Rey, Covadonga, Saboya, Ferrocarriles y Escolta Real.

Las tarjetas de los regimientos decían: «El coronel, jefes y oficiales.»

DESPEDIDA CARINOSA

El general Weyler ha hecho entrega del mando de jefe del Estado Mayor Central al coronel Aviés, por hallarse ausente de Madrid el general Agar, que es el segundo jefe de dicho organismo.

Inmediatamente se despidió de los jefes y oficiales de dicho Centro, recomendándoles que presten a su sucesor el mismo concurso que le prestaron a él en bien de la patria.

La despedida fué cariñosísima, y demostró el afecto que al general Weyler guardan todos sus subordinados del Estado Mayor Central, los cuales lo exteriorizaron acompañando al marqués de Tenerife hasta el patio del ministerio en manifestación de simpatía y admiración.

El general salió anoche de Madrid, trasladándose a Guadalajara, donde se propone pasar algunos días.

¿QUIEN LE SUSTITUIRÁ?

En cuanto al general que le sustituirá en el mando del Estado Mayor Central suenan diversos nombres, entre ellos los de los señores Marina, duque de Santa Elena y Olaguer.

EL GENERAL MARINA NIEGA QUE ESTE DESIGNADO PARA OCUPAR LA VACANTE

Esta mañana estuvo en Palacio a cumplimentar a los Reyes, con motivo de la fiesta del día, el general Marina.

Notada su presencia por algunos reporteros de los que allí hacen información, acercáronse a saludarle, preguntándole además si era cierto, como afirmaban algunos periódicos, que había sido designado para ocupar la vacante del general Weyler en la jefatura del Estado Mayor Central.

El general Marina se mostró extrañado de la pregunta, y dijo:

—Eso sólo lo afirman quienes se dedican

GACETILLA RIMADA

*Ya los tres Magos se han ido,
y he aquí la lista obtenida
por mí de lo que han traído
a la gente conocida:*

*A Weyler, en unas botas
que puso, bastante rotas
(pues sabido es su abandono),
le han dejado, y me lo explico,
un mono la mar de mico,
digo, un mico que es muy mono.*

*Al pobre Esteban Collantes
cuatro pares de tirantes.*

*A Moura, en unas chinelas,
le han dejado, y es cruel,
como ya no hace acuarelas,
lápices de hacer pastel.*

*A Cambó, una barretina;
a Vázquez Mella, un rosario;
y a Villar, camelosing
de no sé qué boticario.*

*A Coello de Portugal
le han dejado una corbata
que, por lo piramidal,
miles de envidias desata.
¡Vaya un acierto tan bello:
una corbata pa Coello!*

*Joaquín Jerez, mi vecino,
que es un castizo chipén,
puso unas botas... de vino,
y le han dejado al indino
media copita... ¡de Ojén!*

*Y a España la dejan... ¡nadad!
¡Digo, si! Propios y extraños
la dejan... abandonada,
la dejan... ¡más desengaños!*

JARDIEL PONCELA

LABOR DE PROTECTORADO

CASTIGOS

Los moros que viven aquí en los arrabales, aman a España

La labor que realiza España en el Norte de África es de protectorado, y para ello lo primero que necesita es que los españoles que por circunstancias especiales tengan necesidad de viajar por Marruecos, y los soldados que hayan sido traídos a coadyuvar con su presencia al final de las operaciones comiencen por hacerse simpáticos a los moros que pueblan, no solamente las ciudades, sino el campo avanzado.

Es muy lógico y muy natural el que todos los españoles se sientan ofendidos por los actos criminales y salvajes realizados por los moros de la zona de Melilla, y que el recuerdo de Monte Arruit, Zelúan y Nador haga estremecer a todo español que vea a un moro, sin detenerse a pensar si éste, con sus actos, ha demostrado a España su adhesión y cariño, o es de los rebeldes que no admiten ni consenten ser dominados por el sultán, el jefe ni el alto comisario, en representación de España.

En Melilla, Larache, Tetuán, Ceuta y otras poblaciones ocupadas por los españoles, se ven a diario centenares de moros y moras de todas las clases sociales, y entre todos no hay duda de que se mezclará algún moro no sometido, ni fiel a la autoridad del jefe; pero el que esto ocurra no es razón para que se presencien escenas poco adecuadas a la misión que los españoles traen a África, ya que vienen a realizar una labor de protectorado y de civilización.

Constantemente los chiquillos moros que pasean por las poblaciones se ven acosados por otros mocitos europeos y aun por algunas personas mayores que los asustan con palabras, gritos y ademanes, que obligan a los pobres africanitos a huir de ellos y a tener de todos los españoles que hay en África el mismo recelo que nosotros tenemos de ellos. ¿Será bueno?

Esta es la pregunta que constantemente aparece en los labios de los africanos y de los españoles cuando se cruzan en la calle.

No hace muchos días un moro, de aspecto simpático, que tuve ocasión de conocer en una reunión de amigos, y cuyo nombre he olvidado, me decía refiriéndose a este mismo tema:

—Los moros que viven aquí, en los arrabales, todos aman a España. La mayoría han nacido aquí y se han criado en esas casuchas, construidas al pie de las murallas, y por su constante trato con el español han llegado a reconocer que su estancia en África no es un mal, sino al contrario; un bien; pues sin ir más lejos, a España y sólo a España deben los moros la carretera y el ferrocarril a Tetuán, las carreteras a otras posiciones y otras mil ventajas.

Pero, después de todo eso, los moros que aquí viven no pueden guardar gran afecto a los españoles, porque constantemente son objeto de vejaciones.

Podría citar a usted varios casos; pero me limitaré a citar dos.

Recientemente unos paisanos cruzaron por el puente del Cristo, a media noche, en el preciso momento que un morito de los que

aquí viven pasaba por él, y quiero creer que los paisanos no iban en su sano juicio, pues de lo contrario deberían ser castigados por haber realizado el acto tan bochornoso que realizaron.

—¿Qué hicieron?—le pregunté con curiosidad.

—Pues sencillamente coger por el cuello al muchacho y pedirle que gritase «¡Viva España!» El muchacho no podía cumplir la orden, por la sencilla razón de que la presión de las manos del paisano no le dejaba ni respirar.

Acerté yo a pasar, y saltando al morito, que inmediatamente gritó el viva exigido, se retiraron de aquel lugar con acelerado paso, dejando a mi paisano completamente asustado.

Comprenderá usted—me repetía—que no hay razón alguna que justifique estos actos, pues los moros de esta zona han demostrado desde hace mucho tiempo su constante adhesión a España.

El otro caso es el siguiente: Si cualquier moro llega a Ceuta, le cuesta muchísimo más trabajo que a cualquier otro ciudadano el encontrar una fonda donde pasar una noche. En todas nos rechazan con la misma frase:

—Está todo ocupado.

Yo comprendo la aversión que pueden tener hacia nosotros; pero yo le aseguro que cuando un moro o morito se cruza con un chiquillo español, no se le ocurre asustarle con sus gritos y sus ademanes, como constantemente hacen con nuestros chiquillos los paisanos y soldados que pasean por la ciudad. Y si a algún cantinero se le hace de noche en el campo y se encuentra cerca de algún adar de los cercanos a la plaza, encuentra alojamiento, sin que nadie le moleste.

Después se generalizó la conversación, y no volvimos a hablar más de cómo se trata a los moros.

¿Qué idea formarán de los españoles los niños moros?

Lo triste sería que fuese la misma que traen de la Península los soldados que llegan con los batallones expedicionarios.

Para evitar que en el cerebro de estos moritos quede grabada esa idea y que cuando lleguen a ser hombres tengan formado un mal concepto de nosotros, deben ser castigados los que dan origen a estos incidentes.

PIZARROSO DE LA VEGA

Ceuta, enero 1922.

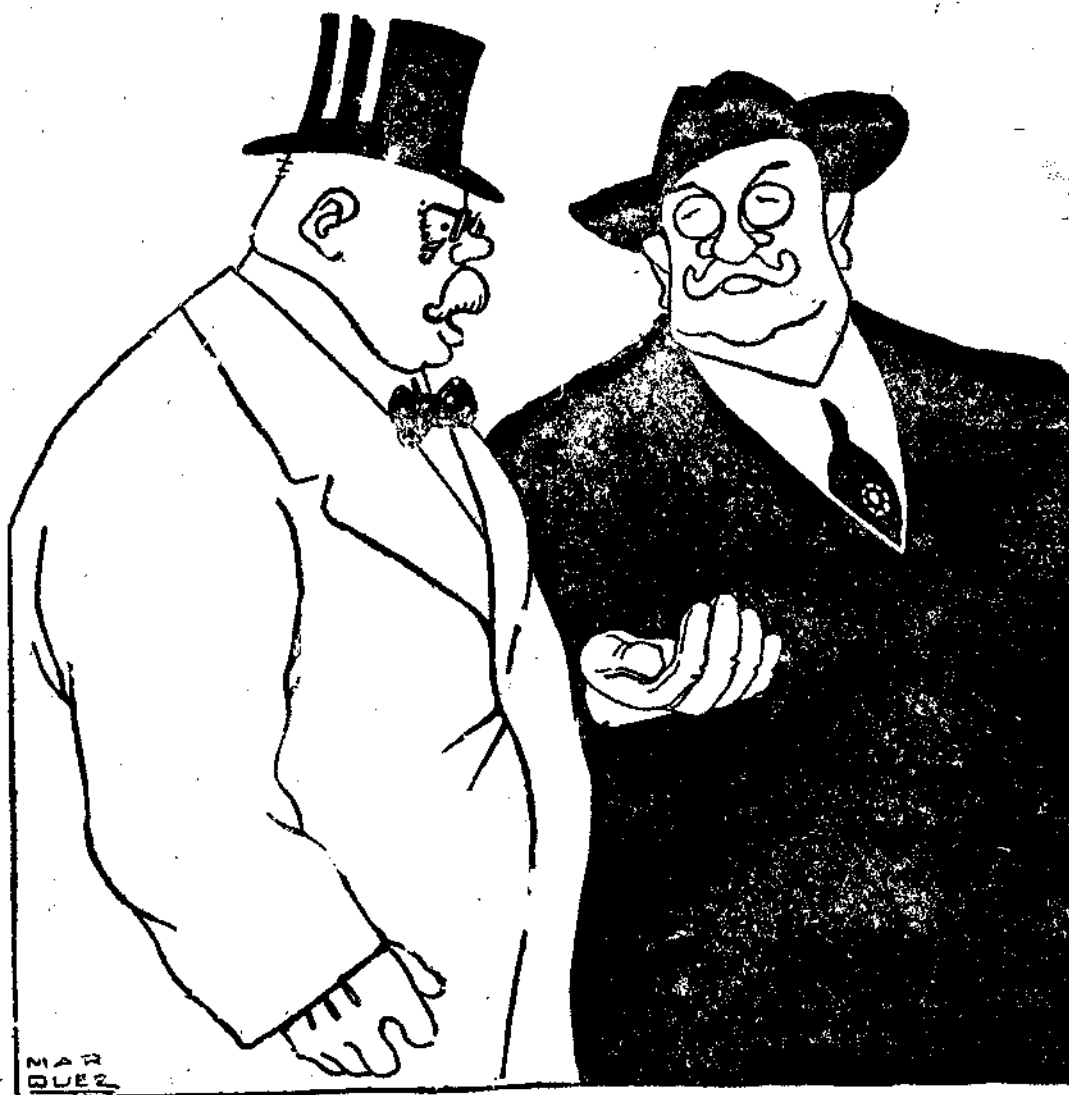
CAMPEONES DE BOXEO

El español vence al canadiense

Ferrol, 6.—En el teatro Jofre, con un lleno rebosante, se verificó un refidísimo «match» de boxeo entre el campeón hispanoamericano Andrés Balsa y el campeón canadiense A. Alberson.

Venció Balsa al octavo «round», y fué aclamado con entusiasmo.

LOS REYES MAGOS



—Y a usted qué le han echado los Reyes Magos, D. Alejandro?
—A mí nada; al que le han echado ha sido al general Weyler.